

tor y ampliados por la Iglesia, ninguno como la Cena, por cuya virtud todos nos creemos invitados á la mesa del Empíreo y todos en la mesa del Empíreo cenamos. Por ella, por virtud y obra de la Comunión católica, no solamente recibimos el alma de Cristo y las divinas verdades en el alma de Cristo guardadas, recibimos los filamentos de sus carnes con las partículas y átomos del Pan Eucarístico así como las gotas de su sangre celestial y etérea con los licores del cáliz consagrado, siendo como dioses, y por ser como dioses, recibiendo las dos naturalezas del Salvador, sus santas encarnaciones, su milagrosa resurrección, su metamorfosis sobrenatural en los altos y cimas del Tabor, sus apariciones á las santas mujeres y los incrédulos discípulos ó apóstoles; aquella visita del Espíritu Santo que iluminó todas las inteligencias cristianas y aquellas lenguas de fuego que recalentaron y reanimaron todas nuestras vidas; la entrada en el seno de sus bienaventuranzas, las cuales prometen el amor infinito para extinguir la sed insaciable de amor que siente nuestro corazón y la verdad absoluta para llenar el pavoroso abismo de nuestra inmensa inteligencia. Por todo esto no debemos extrañarnos de que Luis se sintiera completamente conformado con las vías de amargura que se apercibía á recorrer en su paso al Calvario y completamente resuelto á recibir su cruz y su tormento y su muerte con la misma paciencia mostrada por Cristo en el Gólgota. Como el temperamento linfático no quitó á Luis una hora de sueño en la noche de su capilla, la fe católica no le surgió ni un asomo de duda en el día de su muerte.

Acabadas la Misa y la comunión, el Rey se dispuso al camino del patíbulo. Su primer acto en esta última fase de la pasión aquella fué declarar á Clery, que sin tregua lloraba, la gratitud más profunda por los cuidados con él tenidos en su constante servicio. Clery todavía renovó en tan trágica circunstancia su juramento de fidelidad y todavía confió en que no serían osados, ni jueces, ni verdugos, á poner sus manos alevés sobre la persona del Monarca. Luis insistió en curarse de su criado al moverse hacia la guillotina y le dió una carta de Pétion, recibida la noche de su entrada en el Temple, asegurándole que le serviría para continuar al Delfín los servicios á él prestados. Con motivo y ocasión de nombrar al adorado pequeño un afecto de profundo enternecimiento le sobrecogió, repitiendo bajo su imperio al criado los consejos dichos al heredero de palabra y por escrito, á fin de que nuevamente se los transmitiera y más y más los corroborara con órdenes y mandatos expedidos al borde obscuro de la eternidad insondable. Clery se arrojó al suelo con devoción de todo punto sincera, como un sacerdote ante su ídolo; é hincadas las rodillas y las manos plegadas, los ojos de llanto arrasados, la voz anudada de dolor, el pecho estallando en sollozos, pidióle una última bendición. El Rey le bendijo con toda solemnidad como un verdadero Pontífice y lo estrechó contra su corazón como á un verdadero amigo. Y no contento aun el cuitado con la Misa en que reconcentrara todo su íntimo sér, con la comunión, en que á Dios recibiera dentro de sus entrañas; como hubiera tenido con

Clery un coloquio profano, se dirigió á Firmont sosteniendo con él otro coloquio religioso. Concluido éste y sintiéndose muy dueño de si mismo, Luis, á pesar del terrible trance; sin estremecimientos en los nervios, sin punzadas en el corazón, sin ahogos en el pecho sin vacilaciones en el alma, sin oscuridades en la vista dió gracias al cielo por haberlo dado una religión y unas creencias cuyos dogmas permitían morir tan resignado y tan entero. En esto suenan las siete de aquella lúgubre mañana. El Rey se acuerda con oportunidad, en su sazón debida, cómo prometiera un último adiós á los suyos y se dispone á requerir de los comuneros le franqueen la escalera montante al superior piso y le permitan abrazar y besar á su familia. Pero Firmont se opone diciendo que tal entrevista puede amedrentar al firme Luis con sus dolores y traer á la inconsolable dinastía males de una reparación imposible. Fácil á todas las sugerencias; docilísimo al recibir cualquier clase de consejo; paciente y pasivo de voluntad; aunque le atenaceaba el pecho la impaciencia por ver tantas prendas amadas, revocó el propósito y renunció á la entrevista. Isabel, Antonieta y Teresa lanzáronse á la reja, que daba sobre la puerta por donde al cadalso debía dirigirse Luis XVI, y aunque por espesísima celosía tal reja cubierta, si nada vieron, escucharon cuantos rumores se oían, reuniendo sus lágrimas y sus oraciones en aquel supremo dolor. A pesar de lo perdurable, que será siempre una invernal noche de París, el día nuevo llegó, comenzando al amanecer el momento en que pasaban los hechos referidos ahora. Parecía triste la Naturaleza, é interesada, no obstante su glacial indiferencia, en los trágicos sucesos. Un frío intenso había reinado toda la noche. A pesar del frío, que despeja nuestros horizontes meridionales, extendiase por todas partes funeral bruma, triste de suyo, y más entristecida todavía por los esfuerzos del alba penetrando por aquel cielo parecido á las bayetas negras colocadas sobre los catafalcos mortuorios. Y mientras del cielo caía bruma espesa, del pavimento se levantaba glacial neblina que iba recrudeciendo y aumentando la tristeza. Los tejados y las canales de los tejados despedían gotas como lágrimas. Un helado cierzo parecía en su helor hálito de la muerte. Estaba el suelo resbaladizo por esas capas de vidriosas escarchas, sobre cuya superficie no puede darse un paso, y que dejan al viandante atemorizado en el mismo sitio donde le sorprenden y sobrecogen. Por un lado se veían grandes montones de hielo; por otro lado arrecifes de nieves amontonadas á empujes de los remolinos; por do quier barro [petrificado en aquella helada, seguida de un verdadero nevasco que se deshacía en frigidísima lluvia. Todo era fúnebre, sepulcral, con especialidad el Temple. Diríase no haber luz en aquella mañana sino para los buhos que imaginamos en nuestras desolaciones y fantaseos fúnebres los inseparables compañeros de la muerte. Hasta el París de hoy, tan espacioso y tan aireado, toma siniestros aspectos cuando el cierzo lo azota, lo envuelven glaciales nieblas, lo ensucia el barro helado, lo abrume el cielo de plomo, connatural á las terribles oscuridades invernales. ¡Cuál aspecto no revestiría en aquella mañana de confesiones y confeso-

res, de reos y verdugos, de calabozos y suplicios, en la cual mañana, si muchos condenaban al Rey mientras otros muchos lo absolvían, pocos dejaban de ver la transcendencia de aquel hecho, cuyos resultados más ó menos remotos acabarían por caer sobre sus propias cabezas y sobre las cabezas de sus hijos como una piedra sepulcral. Cerradas todas las tiendas y todos los respiros que daban al aire libre por los agujeros de los balcones y de las ventanas; reunidas innumerables tropas de todas armas que atronaban los aires con el rodar de su artillería y el vibrar de sus fusiles y el piafar de sus caballos y el redoblar de sus tambores; las trompetas estridentes, como aquellas que antiguas tradiciones atribuyen á los ángeles exterminadores en el juicio final; celados los grupos y oídas las conversaciones entre los ciudadanos por espías comuneros tan crecidos en número como las tropas mismas; París no parecía la ciudad alegre de los movimientos revolucionarios; con su Foro y su Agora libres en el Palacio Real; no parecía, no, aquel París donde una fiesta era el combate por la Bastilla ó el apresamiento de la familia real en su fuga; parecía una inmensa ciudad fúnebre, poblada por sombras siniestras, á quienes impelían de un lado para otro invisibles y crueles remordimientos.

Acababa de morir la noche y de nacer el día cuando los siniestros rumores militares penetraron en las estancias y en los oídos del Rey. A pesar de que tales ecos anunciaban el aparato militar dispuesto para conducirlo al patíbulo y afianzar la seguridad completa de su muerte, Luis no se conmovió ni con emociones cerebrales ni con emociones cardíacas, tan frecuentes en los reos ordinarios. «Tocan á generala», dijo con la misma indiferencia con que podía decir tocan á misa; como si de cualquier suceso á su persona completamente ajeno se tratase. Y mientras las herraduras de los caballos chocando con las piedras, el rumor de los cañones haciendo estremecer el pavimento, los descanses del fusil con las bayonetas caladas vibrantes como rayos de guerra, los discordes y estridentes gritos de los clarines acompañando al tonante rumor de los tambores y á la siniestra fulminación de los sables llenaban el aire, Luis departía muy tranquilo con su ayuda de cámara, entregándole un papel blanco, en cuyos pliegues iban metidos mechones de sus cabellos, relucientes y sedosos aún, como de un joven que al morir sólo contaba treinta y ocho años. Con el papel de los cabellos destinados á toda su familia juntó el sello de su reloj para el hijo, y para la mujer el anillo que siempre llevó al dedo. En este momento se conmovió con profundos afectos, y lágrimas copiosas cayeron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, bañando hasta el seno que había tantas veces palpitado, como un maternal regazo, á la santa y pura pasión por los suyos. ¿Quién, ante aquel hombre nacido en la mayor opulencia, no se conmoviera, viéndole obligado por su adversa y horrible suerte á legar mínimos objetos á quienes creyó muchos años legar los diamantes más ricos y más bellos del mundo, los diamantes de la corona de Francia? Mas los esbirros no se conmovieron. Viéndole, después de haberlas besado, entregar á una persona de su confianza

las nimias chucherías de su propiedad personal que llevaba junto al corazón, donde sentía clavado el amor á los suyos, requirieronle para que les entregase las prendas amadas y les hiciera el encargo de remitirlas á las manos mismas á que destinado las había, profanando así la santidad del recuerdo y sugiriendo al Rey la sospecha de que no cumplirían su postrer mandato, consagrado por los torcedores internos de su agonía y por la proximidad inmediata de su muerte. Ante aquella horrible arbitrariedad de los comuneros, Luis no tuvo más remedio que bajar la coronada cabeza y recurrir al seguro de su conformidad. Después de tal paso pidió unas tijeras. Los comisarios municipales, embargados por la inverosímil creencia de que Luis quería suicidarse, admitieron aquella demanda sencilla de muy mal talante, y la juzgaron una extraña impertinencia en semejante hora terrible. Así, por toda respuesta dirigieron al Rey una pregunta, la cual fué: «¿para qué necesitaba unas tijeras?» «Pues para que le cortase Clery los cabellos, dejando libre la cerviz, al fin y objeto de que pudiera segarla con mayor facilidad la guillotina», respondió el Rey. Los comisarios comuneros no quisieron resolver por sí negocio de tal monta, y consultaron al Consejo del Temple, que negó en absoluto las tijeras. Harto era negar cosa tan baladí como un par de tijeras; no había para qué subrayar la negativa con soeces gracias. «Cuando reinabais, dijo un comisario á Luis, podíais disponer de todo; ahora de nada podéis disponer». Luis alzó los hombros y cambió algunas breves palabras con Firmont sobre la naturaleza feroz de aquellos guardianes. Y continuó los preparativos para su postrer viaje. La hora señalada por los poderes públicos ya corría, y nadie iba por el Rey. Firmont cayó presa de una grande agitación que le daba temblores como de quartana, recelando que el primer venido diera la orden de marchar inmediatamente al patíbulo. A las ocho debió darse la señal; sonaban las nueve, no se había dado. Tal tardanza extrañó mucho al confesor, que no podía explicársela ni por una suspensión de la sentencia, cuando los rumores militares, aumentados por las voces de mando, que parecían gritos de ave marina lanzados entre una tempestad, anunciaban la inminencia del temido instante. Poco después de las nueve los estruendos de fuera crecen, las puertas de dentro se abren, y Santerre llega. Su apuesta figura, su adamado rostro, su alegre sonrisa, sus brillantes ojos y sus finos labios, todo realzado en él por su brillante uniforme, contrastan á una con la fúnebre ceremonia que debía el comandante de la Guardia nacional presenciar y dirigir. Dos personajes siniestros le acompañaban, apercibidos y destinados á ennegrecer y agravar el acto. Eran dos clérigos juramentados, en quienes las malas pasiones se recrudecían sobrepuestas á su índole sacerdotal y á su carácter sagrado, pervertidos por apostasías y perjurios. Las aviesas miradas de clubistas, las animadas voces de demagogos, el aire de matones, el corte más que profano de sus vestiduras, el acento más que blasfemo de sus palabras se aumentan por no haber podido en su cambio de piel, semejante al cambio de piel en las culebras, dejarse con la facilidad que sus creencias, el viejo aspecto eclesiásti-

tico, quien parecía, no sobrepuesto en ellos por la educación, puesto en ellos por la naturaleza. «¿Venís á buscarme?» Pregunta el Rey á Santerre. «Vengo á buscaros.» Responde Santerre al Rey. Doce guardias acompañaban al comandante, quien los puso en semicírculo dentro de la estancia; muchos comuneros ocupaban varios espacios de la sala; en un rincón estaba el confesor. Luis coge á éste de la mano, se lo lleva consigo al camarín, y echándose á sus pies, le pide la postrimer absolución. Firmont lo absuelve y le recomienda el alma. «Pedid á Dios, padre, que no me abandone hasta mi fin, y que me dé las fuerzas necesarias para recibir con resignación y conformidad la muerte.» Dijo el Monarca. Y cuando el sacerdote le asegura que no ha hecho otra cosa sino pedir eso mismo á Dios, Luis repite la última palabra del Salvador en la Cruz: «todo está consumado.» Y, en efecto, como con la muerte de Jesús concluyó el Viejo Testamento de la Sinagoga convertida en Iglesia, con la muerte de Luis concluyó el viejo testamento de la Monarquía convertida en democracia.

Hecha esta última reconciliación íntima con Dios, el Rey se adelanta muy tranquilo; alta la frente, dulce la sonrisa, plena la mirada, erguido el cuerpo; hacia el punto donde le aguardaban los doce guardias colocados en su estancia, como arriba hemos dicho, por mandato y orden de Santerre. Lo único que le daba carácter de reo y aire de víctima era lo callado de su voz, retenida sin esfuerzo en su garganta, y lo meditabundo de su entrecejo, cargado con abrumadoras reflexiones. Pero antes Rey que hombre aún, aquel príncipe dado á llevar la corona con una pesadísima carga, no desconocía ni olvidaba la etiqueta; pues, viendo que todos sus guardianes y carceleros con manifiesta irreverencia estaban cubiertos mientras él descubierta con manifiesta cortesía, se volvió muy ofendido hacia Clery, le pidió muy engallado el sombrero, y en cuanto éste se lo diera, encasquetósele, despechadísimo, hasta las cejas. Iba con elegancia y con modestia vestido. La falta de tijeras le había dejado la melena intacta, cuya trenza cogida con lazo negro, le caía sobre las espaldas. Un gran chaleco de piqué blanco y con estrechas mangas de franela, muy limpio y bien planchado, brillaba como una coraza de metal argenteo sobre su pecho, que parecía en aquella sazón ampliarse para recoger mejor y mejor respirar los últimos efluvios de la vida. Cubrían sus pies ricos zapatos muy lustrosos con hebillas muy relucientes, contrastando con la blancura propia de sus medias de seda, y cubría un tricordio á la federica su cabeza, muy blanqueada, por el hábito antiguo de recibir á diario varias veces los polvos de arroz. Calzón de terciopelo gris y casaca de raso castaña completaban el traje muy sencillo y muy elegante, ajustado en todo á las modas y á las costumbres de aquella época. Pero volvamos al momento en que baja Luis XVI del Temple para subir al patíbulo. En cuanto Clery, llorando, entregó el sombrero á su amo, quien se cubrió, como hemos dicho, dió éste un paso adelante, y con voz entera preguntó si había presente algún regidor de la Comunidad. Roux, el cura juramentado y apóstata, se adelantó, dando su

apellido paterno y diciendo su profesión municipal. «Os ruego, le dijo Luis, depositéis este pliego, mi testamento, en la Presidencia del Consejo General del Sena.» La última palabra y el encargo último de un moribundo deben parecer sacratísimos á todos los humanos, por ser como eslabones que unen la vida con la muerte y el tiempo con la eternidad y el sér frágil y pasajero nuestro con el sér que nunca pasa, etéreo como la luz universal y eterno como la gloria celeste. Tales obligaciones de unos semejantes con otros semejantes, unidos é indificados todos en la humanidad, por no decir en Dios, rezaban, más que con mortal ninguno, con aquellos que con su profesión sacerdotal estuvieran en contacto de un lado con la inmortalidad, escondida en el cielo, y de otro lado con la muerte, reina permanente de nuestro planeta. Pero no se puede calcular la borrachera intelectual prestada por las revoluciones á los espíritus vulgares sino viéndola y experimentándola en uno de los trágicos periodos en que la sociedad pasa por los dolores y por los estremecimientos del parto, al producir nuevas y progresivas instituciones. Así Roux, emborrachado por el microbio palúdico, no diré de la revolución, que puede ser pura, de la demagogia, impura por naturaleza, contestó con descaro al Rey que no podía recibir de las reales manos pliego alguno, quedando su ministerio en aquella hora y ocasión reducido á seguirle y acompañarle hasta el suplicio. El Rey no tenía el don de odiar; pero tenía el don de despreciar. Así, oyendo tal desacato, volvió á otro lado el rostro con desdén, diciendo: «perfectamente, perfectamente.» Y como diera de manos á boca con Bodrais, no cura juramentado, láico desde sus primeros años, y regidor también, depositó en sus manos el Testamento y le rogó le depositase á su vez él donde se deseaba. Otro regidor tomó á su cargo un papel que debía entregar á la pobre Antonieta en cuanto fuese viuda. Durante todo este último coloquio con los comisarios hizo Luis una rectificación, la cual probaba el completo dominio de sí mismo. Al hablar de Antonieta le llamó la Reina; y como echase de ver había cometido un desacato á la vigente legalidad republicana, se rectificó, exclamando: «dad ese papel á mi esposa.» Ya se movían todos hacia la puerta, cuando Luis vió á Clery sumergido en un mar de lágrimas y doblándose al dolor como al viento la caña. «Recomiendo este mi criado á los presentes, dijo Luis con solemne gesto y entera voz, para quien sólo puedo tener afectos de agradecimiento sin límites y loas de amistad sin tasa. Hay que darle mi reló de bolsillo y todos los demás objetos de mi pertenencia para él dejados por mí en depósito á la Municipalidad parisién. Deseo que Clery permanezca junto á mi hijo, quien por él sentirá la misma devoción que yo en memoria de su padre. Deseo también que se ponga por completo á disposición de la Reina.» Y como notase de nuevo la repetición del inconsciente indeliberado desacato, lo corrigió diciendo: «á disposición de mi mujer.» Y después de haber recomendado á Clery quien se retorció y sollozaba con mayor violencia, según que iba el Rey hablando de él con mayor cariño, recomendó á todos sus demás servidores con verdadera ternura, como si por el recuerdo